

RESPUESTA A LA CARTA DE HENRY LEE

Apreciado Señor Lee:

Comienzo por brindarle un caluroso saludo de mi parte y explicarle el motivo de esta carta. Ha empezado ya a circular —como era su intención, creo yo— la carta que usted ha escrito a nuestro estimado Berkeley el día 12 de Marzo de 1711. Esto debe ser agradecido a Hernán Caro, quien con un gran esfuerzo la ha sacado del olvido, la ha *recreado* por medio de una traducción de la misma. Quizá se sorprenda usted por el hecho de recibir una respuesta un tanto tardía y, además, de quien no era su destinatario. Sin embargo, un tanto admirada por la sorprendente limpieza argumentativa de Berkeley, y en calidad tan sólo de estudiosa de los problemas filosóficos y no de docta en los mismos, quiero yo limpiar el buen nombre de Berkeley del cargo de escéptico que le es imputado en su carta. Yo estoy plenamente convencida de que los principios sobre los que se basa el sistema berkeleyano no dan pie a un escepticismo, sino que, muy por el contrario y en conformidad con la intención de Berkeley, lo refutan.

Tengo entendido que sólo era de su conocimiento una parte de la obra de Berkeley, a saber, el *Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano* (1710). Creo que este hecho pudo contribuir al nacimiento de su opinión; quizás si usted hubiera conocido la obra posterior de Berkeley, habría entendido muchísimo mejor lo contrario que ésta es a los principios escépticos. Hay en los *Tres diálogos entre Hilas y Filonús* (1713) —que desarrollan la misma teoría que los *Principios*, sólo que de manera dialógica, como usted le sugería a Berkeley— respuestas explícitas a muchas de las críticas que usted le plantea. De igual modo, en *De Motu* (1721) y en algunos manuscritos que fueron publicados tras la muerte de Berkeley, se puede encontrar algunas citas de utilidad para cumplir lo que es aquí mi propósito: mostrar lo contrario que es el idealismo al escepticismo. Sin embargo, dado que es un poco injusto criticarlo recurriendo a la obra de Berkeley que usted no conoció, mostraré aquí que en los *Principios* hay ya bases para dirigir una crítica a lo que usted escribe en su carta.

Permitame entonces reconstruir brevemente su escrito para luego proceder a mostrar cómo las críticas que usted hace allí no pueden ser dirigidas a Berkeley. Según entiendo, usted deseaba explicar a su amigo las razones por las que es considerado «un discípulo de aquel intranquilo Pirrón y del burlón Bayle» (Lee, 2003, 73). No estoy muy segura de si usted está comprometido con esas razones, es decir, si realmente cree que éstas son razones para considerar escéptico a Berkeley, o si sólo está advirtiéndole por qué algunas personas en el Reino piensan que lo es. Digo que presento dudas frente a esto porque ante algunas críticas usted parece mostrar la respuesta que Berkeley mismo da para librarse de ellas; parece, por tanto, reconocer que sus críticas no son válidas. No obstante, usted continúa llamándolo escéptico. Supondré, pues, para asegurarme de limpiar completamente el nombre de Berkeley

LAURA LILIANA
GÓMEZ

lalila82@yahoo.com.ar

Universidad
Nacional



de todas las críticas que quizá se le estén haciendo en su carta, que usted sí está comprometido con ellas y las refutaré.

En su texto podemos hallar tres razones para considerar escéptico a Berkeley. La primera de ellas —con la que no sé si usted está comprometido (más adelante le diré por qué)— es que la metafísica berkeleyana de ideas y espíritus, y su negación de la posibilidad de la existencia de las sustancias materiales, no son conformes al sentido común y por eso los argumentos que se dan para demostrarlas no producen convicción (cfr. Lee, 2003, 74).

La segunda es que, si bien los argumentos para mostrar que no conocemos el referente de la noción de materia (sustancia material)—argumentación que hace parte de la crítica de Berkeley a dicha noción— son suficientemente claros, «de la forma y la consecuencia de tal argumentación surge la oportunidad de expresar una vez más el cargo de escepticismo» (Lee, 2003, 74). Esto se da debido a que en la argumentación Berkeley «asevera que *no tenemos en realidad una noción de 'materia'* y que en todo caso, aun si ella existe, *no podemos conocer la sustancia material*» (Lee, 2003, 76). De esta manera nuestro filósofo muestra, según cree usted, que nuestro entendimiento está condenado a la incertidumbre acerca de la existencia y la naturaleza de la materia, y por eso es un escéptico.

No obstante, usted mismo reconoce que nuestro filósofo no sólo dice que no es posible que conozcamos el significado de la palabra materia, sino que afirma que, dado que la definición de la sustancia material implica una contradicción, no es posible la existencia de un ente que caiga bajo dicha definición. Al reconocer usted esto, supongo yo, está admitiendo que la razón antes mencionada para llamar a Berkeley escéptico no es válida, pues para admitirlo debe reconocer que el argumento de Berkeley no se da para mostrar la debilidad de nuestro conocimiento —nuestra ignorancia frente a una cosa—, sino para demostrar que la materia, en efecto, no puede existir. Berkeley mismo proponía al comienzo de sus *Principios* que la causa del escepticismo no se encuentra en la limitación de nuestras capacidades —en que ellas nos dejen en ignorancia—, sino en el mal uso que hacemos de ellas (cfr. Berkeley, 1992, §§2-3).

Sin embargo, insiste usted en catalogar al buen Berkeley de escéptico si él continúa negando la posibilidad de la existencia de la materia. Es así como usted plantea la tercera crítica, que a mi parecer es la más valiosa y será de la que me ocuparé en mayor medida aquí. Berkeley reconoce que el espíritu es algo activo y la idea algo pasivo, y que, por tanto, no podemos tener una idea del espíritu. A partir de esto, dice usted, surgen unas paradojas que nos permiten llamar a Berkeley escéptico.

Es bien sabido que en la primera frase de los *Principios* se afirma que el objeto del conocimiento humano son las ideas. De aquí concluye usted que, como no podemos tener ideas de los espíritus —ni de los finitos ni de Dios—, no tenemos conocimiento de ellos. Además, como de la materia se decía que, aun si existiera, no podríamos saber si existe o no, por el hecho de no conocer nada de ella, tenemos que afirmar, por la misma razón, que no podemos saber si el espíritu existe o no. De este modo caeríamos en la incertidumbre típica del escepticismo en lo referente a nuestro propio espíritu y al espíritu Divino.

Finalmente, un poco ofendido, afirma usted que los principios berkeleyanos nos conducen a una especie de ateísmo. Si Berkeley dice que «la no percepción —la no posesión de ideas— de la supuesta causa *material* de las ideas (esto es, la sustancia material rechazada por su filosofía) es fundamento suficiente para negar su existencia,



entonces Dios, en cuanto no siendo sujeto de percepción alguna, bien no existe, bien es sólo una ficción, una ilusión de la mente humana» (Lee, 2003, 78-79).

Espero haber logrado una clara exposición de sus críticas y no haberles quitado la sorprendente claridad con la que usted las ha expuesto. Pretendo ahora, con su debido respeto, disentir de su postura, no mostrando mis propias réplicas a sus argumentos, sino extrayendo de Berkeley mismo las respuestas que él da, anticipándose a las objeciones que usted le plantea. Debo reconocer que no comprendo claramente por qué usted insiste en criticar lo que ya Berkeley mismo ha demostrado que no merece crítica. Sin embargo, supongo que hay tras sus palabras algo que lo aleja de la aceptación de las respuestas que Berkeley da a sus objeciones; pero qué sea esto es un tanto misterioso para mí. No obstante, siguiendo las enseñanzas del sabio Berkeley, no puedo pretender que el Omnipotente Autor de la naturaleza no haya puesto en usted ideas que estén por fuera de la capacidad de mi entendimiento.

Examinemos, pues, sin más preámbulos, la defensa de Berkeley frente a sus tres críticas.

ES ESCÉPTICO, PUES NO ES ACORDE CON EL SENTIDO COMÚN

Debo reconocer que, de las tres críticas que usted le plantea a Berkeley, ésta es la que me parece más desconcertante. Permitáme recordar brevemente la argumentación de Berkeley, a costa de que esto le parezca un tanto aburrido por ser un tema suficientemente conocido por usted, a fin de mostrar claramente por qué me desconcierta de tal manera su crítica.

Berkeley ha dicho que aquello que percibimos inmediatamente son ideas. Fíjese, señor Lee, que lo que usted percibe son colores, olores, texturas, sonidos; y éstos no son sino ideas del sentido¹. Ahora bien, hay que reconocer, en conformidad con el sentido común, que los objetos sensibles son aquello que percibimos inmediatamente. De aquí concluye Berkeley que éstos son tan sólo un cúmulo de ideas (la manzana no es más que un cierto color, con una cierta textura, determinado sabor y un aroma particular; si quitamos todas estas cualidades, quitaremos la manzana). Ahora bien, como el ser de una idea consiste en ser percibida —¿o puede usted acaso, apreciado Henry, concebir una idea como existiendo por ahí, fuera de una mente, flotando por los aires o algo similarmente absurdo?— y los objetos no son sino un cúmulo de ideas, entonces concluiremos que los objetos sensibles no pueden existir por fuera de la mente: su ser consiste en ser percibidos. Es así como Berkeley llega a su máxima idealista.

No obstante la claridad del argumento y pese al deseo de Berkeley, hay algunos hombres que, por la fuerza de la costumbre y el prejuicio, desean seguir afirmando que los objetos sensibles tienen una existencia independientemente de que la mente los perciba. Así se apegan a una *noción* de sustancia material como substrato de las cualidades, como aquello que las sostiene. Esto les permite asegurar que las cualidades sensibles existen fuera de la mente, pues, aunque no puedan existir por ahí solitas (un color no puede andar por ahí flotando), sí pueden existir en una sustancia que les dé sustento.

Pero entonces Berkeley, queriendo enseñarnos lo absurdo que es recurrir a dicha noción para asegurar la existencia de los objetos independientemente de la mente, nos pregunta qué entendemos por la *noción* de sustancia material. A esto se le responde que dicha sustancia es un ser no-pensante —que no puede percibir ni imaginar—,

¹ Berkeley realiza en sus *Tres diálogos entre Hilas y Filónis* una argumentación muy buena que demuestra que, ni las ideas de las cualidades primarias y secundarias, ni sus semblanzas, pueden existir fuera de la mente. Desafortunadamente esta obra no fue conocida por usted; de haberlo sido, usted reconocería aún más claramente la grandeza de la obra de Berkeley.



inerte, insensible y desconocido (cfr. Berkeley, 1992, §68). Ahora bien, como ya ha quedado demostrado que las cualidades sensibles son ideas y que, por tanto, su ser consiste en ser percibidas, diremos que su existencia no puede ser soportada por un ser que no las perciba. Así «descubrimos que es absolutamente imposible que haya tal cosa [materia], mientras continuemos tomando esa palabra para denotar un *substrato no-pensante* que da soporte a las cualidades o accidentes, y en el que éstos existen con independencia de la mente» (Berkeley, 1992, §73). De este modo vemos que la noción de sustancia material es absurda y que, por ser absurda, no puede existir.

A partir de lo dicho puede notar usted, señor Lee, la necesidad con la que se concluye que no pueden existir los objetos *materiales*, pues, por principio, lo que es contradictorio no puede existir. Si usted insistiera en apegarse a un prejuicio —que realmente espero no sea su caso—, Berkeley podría demostrarle que el escéptico del paseo es usted y no él, pues, si usted insiste en que los objetos sensibles son aquello que existe independientemente de la mente, tiene dos opciones frente al argumento de nuestro respetado filósofo: La primera es seguir afirmando que la sustancia material existe como garantía de que los objetos existen independientemente de nuestra mente, sin importar que la *noción* de substrato no-pensante sea contradictoria. Si fuera así, usted estaría rechazando la validez universal que tienen las leyes del pensamiento y haría que cayéramos en un escepticismo como el que usted le imputa a Berkeley en su segunda crítica. La segunda opción es afirmar que, de acuerdo con su definición de objetos sensibles, éstos no pueden existir y que, por tanto, la realidad es una mera quimera. Esto, mi estimado Lee, sí que es una muestra de lo que usted llama el más agrio escepticismo.

No se le puede imputar a Berkeley, en cambio, este terrible cargo, pues él no admite que los objetos sensibles sean algo que existe independientemente de la mente, sino que dice que éstos son lo que percibimos. Así, por ejemplo, a la pregunta «¿qué es el guante real?» no responderemos nada distinto a que es aquello que percibimos cuando decimos que percibimos un guante. De esta forma, Berkeley no niega, como muchos pretenden, la realidad de las cosas —éstas siguen impertérritas su curso ante la crítica de Berkeley—; lo que rechaza Berkeley es que exista algo así como una sustancia no-pensante. Él no podría admitir que las cosas que percibe no existen. Pero -exámínelo usted mismo, apreciado señor- ¿no es acaso absurdo afirmar algo como 'veo un guante y éste no existe'? (cfr. Berkeley, 1992, §§34-35, y 1990, 155).

Ahora bien, usted critica a Berkeley porque el idealismo no está en conformidad con el sentido común. Los hombres del sentido común, dice usted, no piensan [1] que el mundo deje de existir cuando no lo percibimos, [2] que la materia no pueda ser y [3] que el mundo no sea más que ideas:

«En efecto, cualquier hombre no dudaría en afirmar: 'creo en la existencia de un mundo exterior, distinto de mí y que no puedo conocer sino en mí. Por mi ventana veo nubes, colinas [...] Esta es la razón por la cual no soy idealista puro, a la manera de Berkeley; no creo que forje a Londres o a Nueva York cada vez que atravieso la Mancha o el Océano; no creo que el mundo exterior sea una idea que se desvanezca cuando yo muera o cuando deje de percibirla'» (Lee, 2003, 74. Cursivas mías).

A esto respondo yo que Berkeley diría exactamente lo mismo que dice cualquier hombre, estaría de acuerdo en decir lo que usted menciona en la cita que acabo de traer. Incluso él preguntaría: ¿quién es ese Berkeley de quien se habla allí, que sostiene

cosas tan absurdas? He de admitir, mi apreciado Lee, que me desconcierta el que usted pueda catalogar la creencia en la existencia de un mundo independiente de *nuestra* mente como la razón para no ser un idealista a la Berkeley. Permítame recordarle que Berkeley sí admite que el mundo existe independientemente de nuestra mente, y esto debido a que Dios lo está percibiendo cuando nosotros no lo percibimos. Berkeley reconoce que la mayoría de las ideas que percibimos no dependen de nuestra voluntad —éstas son las llamadas ideas del sentido— y que, por tanto, debe haber otra mente que perciba dichas ideas y que nos las imponga. Además, dada la coherencia de dichas ideas, tal mente debe ser la de Dios (cfr. Berkeley, 1992, §146). No somos nosotros los creadores de Londres ni de Nueva York; el Creador es Dios, y Él es quien nos impone las ideas del sentido, que no dependen en absoluto de nuestras mentes finitas. Así, [1] Berkeley admite que el mundo no deja de existir cuando nosotros, mentes finitas, no lo percibimos².

Afirma usted también que el hombre del sentido común [2] no cree que la materia no pueda existir. Frente a esto Berkeley da una hermosa respuesta que me sorprende que usted deje de lado para atreverse a hacer esta acusación. Mire usted la claridad de las palabras de Berkeley:

«Se nos objetará que, cuando menos, es verdad que estamos eliminando las sustancias corpóreas. A esto respondo que si la palabra *sustancia* es tomada en su sentido vulgar [el del hombre común], como una combinación de cualidades sensibles como la extensión, solidez, peso y demás, no podría acusársenos de estar eliminándola. Pero si es tomada en su sentido filosófico, es decir, como algo que da soporte a accidentes o cualidades fuera de la mente, entonces sí reconozco, ciertamente, que estamos eliminándola [...]» (Berkeley, 1992, §37).

Podrá reconocer, apreciado Henry, que ha cometido un error al suponer que la sustancia del sentido común ha sido eliminada por el idealismo. La que sí queda eliminada es la sustancia filosófica; pero semejante idea, tan abstracta y lejana a la experiencia, carece de interés para el hombre del sentido común.

Con respecto a su tercera crítica, [3] que los hombres del sentido común no creen que el mundo sea una colección de ideas, Berkeley dice que el hombre del sentido común sabe que el mundo es aquello que percibe directamente, y, como lo que se percibe directamente son ideas, entonces sabe en últimas que el mundo no es más que un conjunto de ideas o cualidades sensibles (colores, tamaños, texturas, solidez, etc.). Sin embargo, admite nuestro filósofo que es un poco tosco decir que comemos ideas y que nos vestimos con ideas. Esto se debe a que «la palabra *idea* no se usa en el discurso común para significar las diversas combinaciones de cualidades sensibles que reciben el nombre de *cosa*» (Berkeley, 1992, §38); pero si ése fuera su uso habitual, los hombres no tendríamos ningún problema en decir que comemos ideas (entendiendo por esto que, cuando comemos, percibimos un cierto color, sabor, textura, etc.).

Espero que lo dicho sea suficiente para que pueda usted notar que no podemos decir que los principios de Berkeley están en contra del sentido común, y que, por tanto, ésta no es una razón para llamarlo escéptico.



² Le decía yo al comenzar esta carta que me queda la duda de si usted está o no comprometido con esta crítica, pues usted manifiesta que es consciente de que Dios garantiza la exterioridad del mundo. Pero me pregunto entonces: ¿qué objetivo tenía en mente cuando escribió la cita que yo traje atrás? ¿era ésta simplemente un medio retórico para persuadir al lector? Quizás algún día corra con la suerte de que usted me aclare estas dudas. Sin embargo, dado que desconozco lo que hay detrás de sus palabras, supondré que usted se compromete con esta crítica, pues dice después de ella: «No es extraño, entonces, que simples e iluminados se refieran a usted como el mayor y más excéntrico escéptico que ha existido» (Lee, 2003, 74).



ES ESCÉPTICO, PUES DEMUESTRA LA INCERTIDUMBRE A LA QUE ESTÁ SUJETO EL ENTENDIMIENTO HUMANO

En este punto usted afirma que, a partir de la forma y las conclusiones de los argumentos que da Berkeley para demostrar, según usted, que no conocemos el referente de la *noción* de sustancia material, se puede concluir que Berkeley es escéptico porque nos deja en la incertidumbre sobre qué es y si existe algo como la materia. Cuando intenté reconstruir las tres razones que usted da para señalar a Berkeley como un escéptico, mencionaba ya que creo que usted reconoce que ésta es una mala crítica. No es cierto, admite usted, que estos argumentos estén dirigidos a dejarnos en la incertidumbre frente a si existe o no la sustancia material y frente a qué cosa sea ella, sino que a través de ellos Berkeley quiere demostrar que es imposible que una sustancia material exista, lo cual no es un rasgo de un escéptico, sino un rasgo claro de una persona que *cree* plenamente en la verdad de algo. No obstante su conciencia de esto, usted gasta dos páginas en mostrar cómo la argumentación de Berkeley nos lleva a un escepticismo. Usted reconstruye tres pasos de la argumentación berkeleyana así:

[i] La materia es usualmente conocida como el sustrato de las cualidades primarias (extensión, forma, solidez) y secundarias (color, olor, sabor). En su argumentación Berkeley se pregunta cuál es el significado del término sustancia material y como respuesta obtiene que ésta es un ser ‘inerte, insensible y desconocido’; pero, dice usted, nadie puede saber qué sea un ente tal. De aquí concluye usted que Berkeley nos conduce al escepticismo, pues nos lleva a decir que nuestro entendimiento no es capaz de conocer qué es la materia, nos deja en la incertidumbre. Sin embargo, hay algo que usted omite en su exposición, a saber, que la definición de sustancia material no sólo está compuesta de negaciones, sino que en ella está incluida la *noción de subyacente* o dar soporte a los accidentes (cfr. Berkeley, 1992, 68). Empero, como mencioné más arriba, es contradictoria esta *noción* de materia, puesto que un ser no-pensante no puede sostener una idea, dado que una idea no puede existir sin ser percibida. Así, el análisis del término sustancia material no nos deja sumidos en el escepticismo, sino *seguros* de que la materia no puede existir.

[ii] Berkeley dice que, aun admitiendo lo que ya se sabe que es imposible, a saber, que existan objetos independientemente de la mente, debemos admitir que no podemos conocer las sustancias materiales, pues los sentidos no nos las muestran — dado que son insensibles — y la razón tampoco — puesto que no hay una conexión necesaria entre las ideas y una supuesta sustancia material. Esto que usted expone es cierto, pero no está dirigido a «mostrar la insuficiencia y el estado miserable y ridículo al que está condenado el conocimiento humano» (Lee, 2003, 76), sino a mostrar que no hay nada en los sentidos ni en la razón que nos lleve a creer que debe haber una sustancia material (cfr. Berkeley, 1992, § 18-20). Y como esta creencia no es necesaria y, además, como ya se mostró, es absurda, se ve que no hay ninguna necesidad en absoluto de defender la sustancia material.

[iii] El tercer punto de la argumentación que usted reconstruye no hace sino confirmar lo que hasta aquí he dicho. Allí se dice que el supuesto de la existencia de cuerpos externos no es necesario para la producción de ideas.

Espero que usted pueda comprender ya, estimado Henry, por qué estoy tan plenamente convencida de que, de la forma y de las conclusiones de la argumentación

de nuestro filósofo, no se sigue de ninguna manera un escepticismo, sino todo lo contrario: la *certeza* de que la materia no puede existir.

ES ESCÉPTICO, PUES NO CONOCE NADA SOBRE LAS MENTES; NI SIQUIERA SI EXISTEN

Permítame ahora, señor Henry Lee, examinar la última razón por la que es posible considerar a Berkeley un escéptico. Aunque he de admitir que ésta es la que me parece más valiosa y más difícil de responder, intentaré aquí terminar de cumplir firmemente mi propósito y así dejar demostrado que Berkeley, por lo menos a partir de sus críticas, no puede ser considerado un escéptico.

Ya expuse brevemente en qué consiste su crítica. Permítame condensarla en unas pocas líneas para que quede más claro y fresco en la memoria en qué disiento yo frente a su postura. Por una parte, la teoría del significado berkeleyana, con el objetivo de hablar significativamente, nos obliga a enlazar a toda palabra una idea; por otra, se dice que el objeto de nuestro conocimiento son las ideas. Ahora bien, dado que de los espíritus no podemos tener ideas, pues las ideas pasivas e inertes no pueden representar algo activo, debemos reconocer que no podemos conocer los espíritus —ni el divino ni los humanos— y, peor aún, que, cuando utilizamos los términos «Dios» y «espíritus», estamos hablando sin significado.

Si bien es cierto que Berkeley parece en todo momento insistir en que una palabra sólo tiene significado si va enlazada a una idea, hay momentos en los que parece sugerir también que no siempre las palabras significativas se refieren a ideas (cfr. Berkeley, 1992, §§19-25). Berkeley afirma, según yo entiendo —y quiero que lo examine usted conmigo, señor Lee—, que ciertas palabras significativas se refieren a ideas, y otras, si pretenden ser significativas, se refieren a ciertas cosas de las que tenemos una noción. La teoría semántica de Berkeley no es tan estrecha como para que sólo admita como significado de una palabra una idea, sino que admite otras cosas. En un momento traeré las citas pertinentes para que usted se pueda asegurar de esto.

Debemos reconocer también, apreciado Henry, que la teoría epistemológica de Berkeley tampoco es tan estrecha como para que sólo admita que únicamente conocemos ideas, sino que ella también admite el conocimiento de espíritus, actividades mentales (que son contrarias a las ideas por ser éstas pasivas y aquéllas activas), relaciones entre ideas, etc.

Hay algunas citas que quiero enseñarle, que seguramente usted nunca pudo conocer, que nos indican claramente la verdad de lo que le he dicho en los párrafos anteriores. Las mostraré para que ahora usted, conociendo de una manera más amplia la obra de Berkeley, no vuelva a caer en el error de juzgar de escéptico a aquél que no lo es.

Quiero comenzar con una cita de *De Motu* donde se nos manifiesta que tenemos una facultad que nos permite conocer nuestras almas. Dice Berkeley: «El intelecto puro también desconoce todo acerca del espacio absoluto. Esa facultad se ocupa solamente de cosas espirituales e inextensas como nuestras mentes, sus estados, pasiones, virtudes y cosas de ese tipo» (Berkeley, 1998, 269. La traducción corre por cuenta mía). Podrá usted ver a partir de esta cita que el alma no es aprehendida por medio de nuestros sentidos —pues, de serlo, sería una idea, como bien usted manifiesta—, sino que es aprehendida por medio del intelecto puro, que, como es evidente a partir de la cita, es la facultad del alma que permite concebir cosas activas como la mente y sus acciones. Quizá surja en su «espíritu filosófico» la pregunta ¿de





dónde sacó Berkeley la idea de que tenemos una facultad que nos permite conocer nuestras mentes? Yo creo, mi estimado amigo, que Berkeley a partir de la experiencia llegó a postular como un hecho que tenemos esta facultad. Yo le pregunto: ¿por qué cree usted que tiene la facultad de la vista? 'Porque tengo percepciones visibles', seguramente me responderá usted sin ningún escrúpulo. Ahora usted pregúnteme: ¿por qué cree usted que tiene la facultad de percibir espíritus y demás cosas activas? Y yo le responderé sin ningún escrúpulo: 'Porque tengo intuiciones de mi propio espíritu y sus actividades, porque de vez en cuando me siento triste y la mayoría del tiempo me siento alegre, porque de vez en cuando me siento dudar, temer, amar, etc. Sin embargo, esto no implica que yo tenga una idea sensible de mi «estar triste» o del proceso de una duda, sino sólo que lo percibo inmediatamente'.

Deseo también que examine otra cita de *De Motu* y me diga si no es claro en ella que la teoría semántica de Berkeley es mucho más amplia de lo que se puede ver con una primera mirada: «sería estúpido usar palabras a las cuales nada conocido, ni *noción* ni idea ni concepto alguno, estuviera unido» (Berkeley, 1998, 270. Traducción y cursivas mías). Pero si lo anterior no lo convence, señor Lee, quiero que examine además esta cita, que se encuentra en el cuaderno de notas de Berkeley: «Se concede que las Partículas no representan Ideas y sin embargo no se dice que sean sonidos vacíos inútiles. La verdad de esto es que representan las operaciones de la mente esto es las voliciones» (Berkeley, 1989, §667). Así, podemos decir que una palabra es significativa no sólo cuando representa una idea, sino también cuando representa, por ejemplo, las operaciones de la mente, de las cuales tenemos una *noción* o conocimiento.

Pero quizá me juzgue usted por criticarlo sobre la base de unos textos que no conoció. Créame, por favor, que ésa no es mi intención; mi intención es tan sólo evitar que usted, por el desafortunado hecho de no conocer estos valiosos pasajes, siga manteniendo que Berkeley es un escéptico. Pero si usted quiere hacer caso omiso de esos pasajes que no conoció, le ruego examine el siguiente pasaje de los *Principios* que seguramente sí era de su conocimiento, pues puede hacerle ver que la teoría semántica de Berkeley no es tan estrecha y que, por tanto, se puede hablar significativamente de los espíritus.

«Pero se me objetará que si no hay ninguna idea significada por los términos *alma*, *espíritu* y *sustancia*, éstos carecerán en absoluto de significado. A ello respondo que esas palabras sí que significan una cosa real que no es ni una idea ni nada parecido a una idea, sino un algo que percibe ideas, que tiene voluntad y que razona acerca de ellas.»

(Berkeley, 1992, §139).

Es claro en esta cita que la teoría semántica berkeleyana es mucho más amplia de lo que usted decía. Una palabra puede significar una idea, una mente, una volición o cualquier operación de la mente. Así, no es cierto que hablar de los espíritus sea hablar sin significado. Vemos que Berkeley mismo escapa una vez más a su crítica.

Quiero ahora que examine conmigo una cita un tanto extensa, extraída de los *Principios* —que me temo tampoco conoció, aunque no estoy muy segura de ello, pues fue añadida en la segunda edición de la obra—, que puede ayudarnos tanto a usted como a mí a aclarar en qué consiste el conocimiento de una mente y por qué decimos que hablamos significativamente cuando nos referimos a mentes si no podemos tener una idea de ellas.

«Nosotros comprendemos nuestra existencia mediante un sentimiento o reflexión interior [esto debe ser lo que el entendimiento puro del que hablábamos arriba posibilita]; y la de los otros espíritus, mediante la razón [pues por un argumento podemos llegar a la demostración de la existencia de Dios y a la probabilidad de que existan otros espíritus]. Podría decirse que tenemos algún *conocimiento o noción* de nuestras propias mentes, de los espíritus o seres activos, aunque, en un sentido estricto, no tenemos ideas de ellos. De igual manera, conocemos y tenemos una *noción* de relaciones entre cosas o ideas [...]. A mí me parece que las ideas, los espíritus y las relaciones, son todos ellos, cada cual en su categoría, el *objeto del conocimiento humano* y la *materia del discurso*; y que el término idea sería impropriamente ampliado si quisieramos significar con él todo lo que *conocemos o de lo que tenemos noción*»

(Berkeley, 1992, 89. Cursivas mías).

Me parece que usted estará de acuerdo en que esta cita es clara en decírnos que, en efecto, podemos conocer nuestras propias mentes, pero que no las conocemos como conocemos las cosas sensibles o ideas, sino que las conocemos por un cierto sentimiento que tenemos de nosotros mismos. Así, podemos decir que por medio de nuestras facultades sensitivas percibimos los objetos o ideas, y por medio de nuestro intelecto puro nos conocemos a nosotros mismos y conocemos nuestras facultades. Es este conocimiento de nuestros espíritus lo que nos permite tener una cierta *noción* de ellos, y es esta noción lo que hace que, cuando utilizamos la palabra «espíritu», estemos hablando significativamente, nos estemos refiriendo a algo de lo que tenemos noción³. Así, apreciado Henry, no podemos decir que es legítimo acusar de escéptico a Berkeley porque sus principios nos condenen a la incertidumbre frente a los espíritus —incluso frente a su existencia—, pues él afirma que, en efecto, podemos conocer los espíritus.

Ahora bien, usted manifiesta abiertamente, y con una honestidad de admirar, que no entiende cuál es la distinción entre una noción y una idea (cfr. Lee, 2003, 77). Creo que esta cita nos puede ayudar a solucionar esa inquietud. Berkeley dice, según lo que aclaramos en el párrafo anterior, que gracias al entendimiento puro tenemos una intuición inmediata de nosotros mismos; no hay que pensar que gracias a él tenemos una captación inmediata de algo que llamamos noción y que representa nuestro propio espíritu. No hay en el campo de los espíritus algo así como una teoría representacionalista del conocimiento, donde una noción es un representante del espíritu. No; lo que debemos entender, señor Lee, es algo muy diferente.

Muy claramente nos dice Berkeley que el objeto de nuestro conocimiento y del discurso humano son las ideas, los espíritus y las relaciones —los cuales son muy heterogéneos en cuanto a su tipo de existencia y su tipo de conocimiento. Él no nos dice que el objeto de nuestro conocimiento sean las noción. Una *noción* no es, pues, algo que conozcamos inmediatamente —y, en esa medida, algo aparentemente indistinguible de una idea—, sino más bien el producto de nuestro conocimiento, bien sea de ideas o de mentes o de relaciones. Así, afirma Berkeley: «Yo tengo alguna noción o conocimiento de mi mente y de sus actos con respecto a las ideas, en cuanto que sé o comprendo lo que quiere decirse por esas palabras. De eso que conozco, yo tengo alguna noción» (Berkeley, 1992, §142).

Pienso entonces que podríamos decir, tanto que tenemos una noción de la mente— comprendemos lo que se mienta con esta palabra: un ser que piensa, quiere y percibe (cfr. Berkeley, 1992, §138)—, como que tenemos una noción de una idea: es un ser



³ Si es su deseo, puede examinar más ampliamente esta argumentación en los *Tres diálogos entre Hilas y Filón*. Allí Berkeley admite abiertamente que, aunque no podemos tener una idea de las mentes, si conocemos las nuestras inmediata o intuitivamente, y las demás por medio de un razonamiento (cfr. Berkeley, 1990, 165). Recomiendo que examine este texto, pues da grandes luces frente al difícil problema de las mentes en Berkeley.



pasivo, inerte, cuya existencia depende de ser percibido; y que tenemos una noción de las relaciones y demás actividades del alma.

Puede notar entonces, señor Lee, que la noción y la idea están en distinto nivel y por eso son cosas bien distintas. Las ideas son uno de los objetos del conocimiento humano, mientras que las nociones no son el objeto del conocimiento humano, sino el producto del mismo. Es gracias a que conozco una idea que tengo una noción de ella; y es gracias a que conozco el espíritu que tengo una noción del mismo.

Podría abrirse la posibilidad de que alguien se preguntara —no sé si éste sea su caso— por qué no podríamos decir que, al igual que percibimos la sustancia espiritual por una intuición inmediata del entendimiento puro, percibimos la sustancia material. Si éste es su caso, podríamos responderle que lo que nos demuestra que tenemos una intuición o captación inmediata de nuestra propia mente es que tenemos una noción o conocimiento de ella. Pero éste no es el caso de la sustancia material.

Cuando usted exponía la segunda razón por la que podemos considerar que Berkeley es un escéptico, mostraba muy bien que no podemos formarnos una noción de sustancia material, que no podemos conocerla ni por los sentidos ni por la razón. Así, al no tener una noción de sustancia material, podemos garantizar que no tenemos ninguna captación inmediata de ella. Pero usted o alguien podría insistir en que sí tenemos una noción de materia: ésta es un ser *insensible, inactivo, inerte, sin* ninguna cualidad sensible, y a partir de aquí concluir que sí podemos decir que tenemos una captación inmediata de la materia. A esto ha de responderse que, si captáramos inmediatamente la sustancia material, captaríamos lo que ella es y no lo que no es, y tendríamos así una noción positiva de la materia y no sólo una definición negativa de la misma. Además, como atrás mencionaba, la sustancia no-pensante se rechaza no sólo por no tener una noción positiva de ella, sino porque su *noción relativa de dar soporte* es contradictoria «o, en otras palabras, porque es contradictorio el que haya una noción de ella» (Berkeley, 1990, 167). No es posible que conozcamos una cosa contradictoria, pues lo que es contradictorio no puede existir y, por lo tanto, de ello no podemos tener una noción.

Finalmente, quiero hacer un comentario a la última parte de su crítica porque me parece que usted está siendo aquí muy injusto con Berkeley. Allí afirma usted que, dado que «la no percepción —la no posesión de ideas— de la supuesta causa *material* de las ideas (esto es, de la sustancia material rechazada por su filosofía) es fundamento suficiente para negar su existencia, entonces Dios, en cuanto no siendo sujeto de percepción alguna, bien no existe, bien es sólo una ficción, una ilusión de la mente humana» (Lee, 2003, 78-79. Subrayado mío). Vemos aquí que usted le está imputando el cargo de ateo a nuestro fidelísimo Berkeley, y lo está haciendo, como se verá a continuación, cometiendo una falacia argumentativa. Quiero mostrarle, señor, una cita que desafortunadamente usted no conoció, pero cuyo contenido está absolutamente en contra de su argumento y en coherencia con la obra que usted sí conoció:

«Digo, en primer lugar, que no niego la existencia de la substancia material sólo por no tener noción de ella, sino porque dicha noción es inconsistente, o, en otras palabras, porque es contradictorio el que haya una noción de ella. Muchas cosas, por lo que yo sé, pueden existir aunque ni yo ni ningún otro hombre tenga o pueda tener una idea o una noción de ellas. Pero, sin embargo, esas cosas tienen que ser posibles, es decir, no tiene que haber en su definición contradicción alguna [...]. En la propia noción o definición de

substancia material se incluye una manifiesta incompatibilidad y contradicción. Pero esto no puede decirse de la noción de un espíritu. Es contradictorio que las ideas existan en lo que no percibe, o que sean producidas por lo que no actúa. Pero no es contradictorio decir que una cosa percipiente sea el sujeto de las ideas, o que un ser activo sea la causa de ellas» (Berkeley, 1990, 167).



Creo que, con lo que he dicho hasta aquí, usted no puede insistir en hundir a Berkeley en ese escepticismo que usted mismo considera tan deplorable. El nombre de Berkeley se levanta una vez más desde ese oscuro rincón de la Filosofía que se atreve a dudar de lo más evidente y que suele ser una excusa para cegar los ojos ante las maravillas que el mundo nos muestra a cada minuto. Espero yo que, aunque el escritor de esta carta no sea Berkeley en persona, esto sea una mano más en la construcción de lo que, en mi opinión, era el gran sueño de Berkeley: acabar con el escepticismo.

Confiada en que esta carta llegará a sus manos, espero que contribuya un poco a que usted deseche la idea de que Berkeley es un escéptico.

Me despido cordialmente,

Laura Liliana Gómez Espíndola.
Bogotá, Colombia. Junio de 2003.

BIBLIOGRAFÍA:

- Berkeley, G. (1989). *Comentarios Filosóficos*. México: UNAM.
_____. (1990). *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*. Madrid: Alianza.
_____. (1992). *Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano*. Madrid: Alianza.
_____. (1998). *Philosophical Works*. London: Everyman.
- Lee, H. (2003). «Carta sobre el escepticismo de George Berkeley» (trad. Hernán Dario Caro). En: *Revista Saga de Estudiantes de Filosofía*, 7.